

---

# EL MUNDO

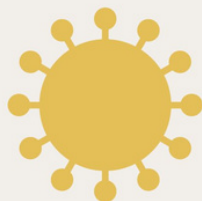
---



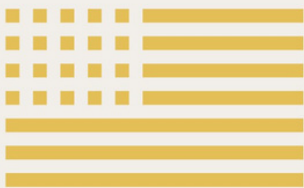
CÓMO NUESTRO  
MUNDO Y NUESTRA  
VIDA ESTÁN  
PLAGADOS DE FALSAS  
CREENCIAS

# NO ES

# COMO CREEES



# EL ORDEN MUNDIAL



¿Te gusta leer? Únete a nuestras comunidades de lectores en redes sociales:



@Planetadelibrosco



@Planetalibrosco



Y uno para quienes disfrutan del ensayo, la crónica y lo mejor de la literatura:



@leeresmiplan



**Regístrate aquí**

Únete a nuestra comunidad de lectores, encuentra contenido exclusivo y comparte tus libros favoritos.



**Planeta de Libros**

*Ariel*

El mundo no es como crees

*Ariel*

El Orden Mundial

# El mundo no es como crees

Cómo nuestro mundo y nuestra vida  
están plagados de falsas creencias

*Ariel*

*Ariel*

Primera edición: septiembre de 2020

© 2020, El Orden Mundial en el Siglo XXI

Derechos exclusivos de edición en español:

© Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

Editorial Ariel es un sello editorial de Planeta, S. A.

[www.ariel.es](http://www.ariel.es)

ISBN: 978-84-344-3272-7

Depósito legal: B. 12.212-2020

Primera edición (Colombia): octubre de 2020

© Editorial Planeta Colombiana S. A.

Calle 73 n.º 7-60, Bogotá

[www.planetadelibros.com.co](http://www.planetadelibros.com.co)

ISBN 13: 978-958-42-9106-6

ISBN 10: 958-42-9106-8

Impresión: xxxxxxxx

Impreso en Colombia – *Printed in Colombia*

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.

*A quienes siempre creyeron en nosotros*

*Ariel*

## Índice

|                                                                           |    |
|---------------------------------------------------------------------------|----|
| <i>Introducción</i> .....                                                 | 13 |
| <br>1. ECONOMÍA. LA ECONOMÍA NO FUNCIONA                                  |    |
| COMO CREES .....                                                          | 21 |
| La huelga a la japonesa no existe .....                                   | 21 |
| La máquina del dinero no existe .....                                     | 24 |
| El Nobel de Economía no existe .....                                      | 28 |
| Los robots no nos van a quitar el trabajo .....                           | 33 |
| Los coches eléctricos también tienen<br>un fuerte impacto ambiental ..... | 37 |
| Estados Unidos no es el país más<br>capitalista del mundo .....           | 41 |
| La mayor industria cinematográfica<br>no es Hollywood .....               | 44 |
| El Reino Unido no es el país<br>que más té consume .....                  | 47 |
| Europa no se está quedando<br>sin bosques ni árboles .....                | 49 |

|                                                  |     |
|--------------------------------------------------|-----|
| 2. POBREZA Y MIGRACIONES. LA POBREZA             |     |
| Y LAS MIGRACIONES NO SON COMO CREES . . . . .    | 53  |
| Hacer un voluntariado no es                      |     |
| la mejor manera de ayudar. . . . .               | 53  |
| Los pobres no son pobres porque quieren. . . . . | 57  |
| El mundo no está superpoblado                    |     |
| y hay comida para todos . . . . .                | 62  |
| El mundo no es más pobre ni más                  |     |
| desigual que en el pasado. . . . .               | 65  |
| La mayoría de los inmigrantes no llegan          |     |
| a España en barca o saltando una valla           |     |
| fronteriza . . . . .                             | 70  |
| La mayoría de los migrantes africanos            |     |
| ni vienen ni quieren venir a Europa . . . . .    | 73  |
| Estados Unidos no es el país                     |     |
| de las oportunidades. . . . .                    | 77  |
| 3. SOCIEDAD Y RELIGIÓN. EL SER HUMANO            |     |
| Y LOS DIOSES NO SON COMO CREES . . . . .         | 81  |
| La especie humana no tiene razas. . . . .        | 82  |
| La violencia de género y las violaciones no      |     |
| están desbocadas en el norte                     |     |
| de Europa. . . . .                               | 85  |
| En los países nórdicos no hay más                |     |
| suicidios que en el resto de Europa. . . . .     | 88  |
| Un árabe y un musulmán no son lo mismo . . . . . | 92  |
| No todas las mujeres musulmanas llevan           |     |
| burka . . . . .                                  | 95  |
| La mutilación genital femenina                   |     |
| no tiene nada que ver con el islam . . . . .     | 98  |
| La mayoría de los hombres musulmanes             |     |
| no están casados con cuatro mujeres. . . . .     | 101 |

|                                                                                          |     |
|------------------------------------------------------------------------------------------|-----|
| 4. GUERRAS Y CONFLICTOS. LOS CONFLICTOS                                                  |     |
| EN NUESTRO PLANETA NO SON COMO CREES . . . . .                                           | 105 |
| El botón nuclear no existe . . . . .                                                     | 105 |
| El mundo no está al borde de una guerra<br>mundial . . . . .                             | 109 |
| La mayoría de los ataques terroristas<br>no se cometen en los países occidentales . . .  | 114 |
| El terrorismo yihadista no engloba<br>todo el terrorismo en el mundo. . . . .            | 117 |
| El mundo no es cada vez más violento . . . . .                                           | 121 |
| La crisis de Venezuela no se<br>explica por el petróleo . . . . .                        | 125 |
| Las guerras en Oriente Próximo<br>no son por el petróleo . . . . .                       | 132 |
| Suiza no es un país neutral y pacifista. . . . .                                         | 138 |
| España no hizo un esfuerzo activo por<br>exterminar a los indígenas americanos . . . . . | 142 |
| La gripe española tuvo poco<br>que ver con España. . . . .                               | 146 |
| Franco no evitó que España entrase<br>en la Segunda Guerra Mundial . . . . .             | 150 |
| La CIA no está todo el día espiándote . . . . .                                          | 155 |
| Los suníes y los chiíes no están<br>en una guerra perpetua . . . . .                     | 159 |
| África no se reduce a guerras y pobreza . . . . .                                        | 163 |
| 5. PAÍSES Y MAPAS. EL MUNDO NO SE MUESTRA                                                |     |
| COMO ES . . . . .                                                                        | 169 |
| Inglaterra no es un país . . . . .                                                       | 169 |
| El mundo no es como nos muestran los mapas                                               | 171 |
| La ONU sí es de bastante utilidad. . . . .                                               | 173 |
| El año no empieza en todos lados<br>el 1 de enero . . . . .                              | 178 |

|                                                  |     |
|--------------------------------------------------|-----|
| 6. POLÍTICA Y DEMOCRACIA. LA POLÍTICA            |     |
| NO ES COMO PARECE. ....                          | 185 |
| Estados Unidos no es la mejor                    |     |
| democracia del mundo. ....                       | 186 |
| Una monarquía no es necesariamente               |     |
| menos democrática que una república. ....        | 190 |
| El mundo no se divide solo en democracias        |     |
| y dictaduras. ....                               | 195 |
| No todos los territorios tienen derecho          |     |
| a la autodeterminación. ....                     | 197 |
| China no es un país comunista. ....              | 204 |
| Rusia no provoca las crisis de Occidente. ....   | 206 |
| Los países occidentales todavía tienen           |     |
| colonias. ....                                   | 214 |
| Las <i>fake news</i> no son algo de ahora. ....  | 218 |
| La democracia sí es compatible con el islam. ... | 224 |
| 7. COVID-19. EL CORONAVIRUS NO HA SIDO           |     |
| COMO CREES. ....                                 | 229 |
| Una epidemia como la del coronavirus             |     |
| sí estaba prevista. ....                         | 229 |
| El coronavirus no va a suponer                   |     |
| el fin de la globalización. ....                 | 246 |
| La COVID-19 no fue creada                        |     |
| en un laboratorio. ....                          | 257 |
| La COVID-19 no es la peor epidemia               |     |
| de los últimos tiempos. ....                     | 262 |
| <i>Bibliografía</i> ....                         | 269 |

## Introducción

Desde hace varios años viaja por distintas galerías de arte del mundo una escultura bastante llamativa. Lleva por nombre *Squaring the Circle* (algo así como «La cuadratura del círculo», en inglés) y consiste en un armazón de metal que, visto desde una perspectiva frontal, tiene la forma de un cuadrado, pero si caminamos hacia el punto que ofrece la perspectiva del lado opuesto, lo que vemos es un círculo. ¿Cuál es la forma correcta? Las dos, probablemente. O ninguna, quién sabe. El objeto siempre tiene la misma forma, lo único que cambia es el modo en que nuestro cerebro interpreta lo que está viendo y nos informa de que eso es un cuadrado o un círculo.

Esto nos enseña importantes lecciones. La primera es que nos engañamos a nosotros mismos, pero también que las cosas no son lo que parecen a simple vista aunque realmente sigan siendo los mismos objetos. Las frases anteriores podrían parecer una oda a la subjetividad y la relativización, pero la verdad es que no. Es más una señal de alerta sobre lo que tenemos alrededor, nosotros incluidos, y que debemos concienciarnos de ciertas cosas. La reali-

dad de nuestro entorno es interpretable; es más, tiene que ser así para poder entenderla y actuar en consecuencia. Sin embargo, esto no quiere decir que se pueda extender hasta el infinito afirmando que absolutamente cualquier cuestión, suceso o hecho es subjetivo y tiene mil perspectivas distintas desde las que pueden ser observados, en una especie de debate eterno sin una conclusión posible. Más bien, al revés. Existen realidades palmarias que no conceden interpretaciones: la luz viaja a 300.000 kilómetros por segundo; si sueltas un objeto desde cierta altura, caerá al suelo, y las vacunas no provocan autismo al tiempo que salvan un número incontable de vidas en el proceso. Habrá cuestiones debatibles, cosas que hoy no conocemos pero sí en un futuro. Eso son hechos científicos probados, y a ellos les debemos una parte sustancial del desarrollo que hemos alcanzado en buena parte del planeta.

Y, a pesar de todo, seguimos creyendo en hechos erróneos. Durante buena parte de los años noventa se creía a pies juntillas que lo que entonces era un incipiente invento llamado internet acabaría con la falta de conocimiento en el mundo. Si existía una herramienta donde se podía volcar toda la sapiencia humana y ponerla al servicio de cualquier persona con acceso a esa red, el resultado parecía evidente. El desconocimiento, la ignorancia y las mentiras tenían los días contados. Hoy, sin embargo, ese futuro maravilloso no solo no ha llegado, sino que parece más lejano que nunca. En cierta medida, tal vez nos hemos dado cuenta de que aquel ideal tan alcanzable era poco menos que una utopía. Cuando se están cumpliendo tres décadas desde el lanzamiento de la World Wide Web, aunque nos haya facilitado oportunidades infinitas, al mismo tiempo parece haberse convertido en uno de nuestros peores enemigos.

Por tanto, más allá de la evidencia de que no hemos alcanzado el lugar al que pensábamos llegar, cabe intentar entender por qué esto no ha ocurrido. Si los pronósticos tecno-optimistas se hubiesen cumplido, las primeras víctimas en el bando de la ignorancia habrían sido esos mitos que se llevan perpetuando durante tanto tiempo en las mentes y las conversaciones de todos nosotros. Si la física, la medicina, la historia o la sociología ya han llegado a amplios acuerdos sobre determinadas cuestiones, ¿por qué algunos mitos aún subsisten en la calle? Es la pregunta que revolotea de forma constante en este libro.

No se trata de que alguien (o algo) sea *culpable* de esta realidad. Si pusiésemos en fila a diez o doce personas y les transmiésemos un mensaje claro y conciso a la primera de ellas, con la orden de que lo trasladase por toda la hilera, el mensaje que recogeríamos al final sería bastante diferente al del punto de partida. Pensemos en el nivel de deformación que podría alcanzar este experimento si lo trasladásemos a ciudades enteras a lo largo de décadas o siglos con información imprecisa. Así acaban naciendo las habladurías, los mitos, los bulos y las mentiras.

Algunos son muy elaborados y pueden venir simplemente de un error sin intención, de una interpretación incorrecta o de algo que en su momento era verosímil pero que acabó demostrándose que era incorrecto. Sobreviven al tiempo y llegan hasta nosotros. No hay nada malo en creer que algo es cierto cuando en realidad es falso; en cierto modo, es algo normal y natural. El problema viene cuando estas creencias se extienden de tal manera que deforman la realidad o, peor aún, cuando se rechazan las explicaciones correctas para así continuar en el confort de la mentira conocida.

La gran paradoja es que estamos diseñados así. Nuestro cerebro necesita píldoras de realidad, que esta sea sintetizada al extremo para poder asimilar el torrente de información, datos y hechos que, sin ese ejercicio de compactación, nos dejaría aturridos. Pero a veces esta síntesis no sigue los mejores principios y al final se acaba quedando con los elementos que buenamente puede recoger, entre los que se incluyen los prejuicios, las ideas preconcebidas y la propia ignorancia. La cuestión es que, a su vez, el cerebro se protege de sí mismo; evita por todos los medios que una información discordante nos genere un cortocircuito que deje fundido todo el sistema. ¿Qué ocurre cuando se nos presenta un hecho que contradice a nuestro particular cubito de la realidad? Esto se llama disonancia cognitiva, y nuestra mente la rechaza. Si la aceptase, los esquemas mentales que hemos interiorizado recibirían una inclemente tanda de golpes que nos dejaría absolutamente desubicados. No obstante, el cerebro es consciente de que no podemos andar por ahí cuestionándonos todo lo que creíamos saber. Debemos protegernos de nosotros mismos. Toda esa batería de herramientas que utilizamos para atrincherarnos en nuestra propia mente son los sesgos. Y no es fácil, por no decir imposible, desprenderse de ellos.

Ahora pensemos en cómo se combinan la época con la mayor cantidad de información disponible de toda condición, y con una enorme facilidad para verter contenidos a ese sistema de información y conocimiento (desde redes sociales hasta blogs, podcasts, etc.), con un esquema mental que permanece prácticamente inalterable desde que el mundo es mundo. El sueño del conocimiento se torna en pesadilla.

No cabe engañarse: nuestro mundo y nuestra vida están plagados de falsas creencias. No es una enmienda a la totalidad de lo que hemos aprendido; tampoco una invitación a la duda permanente y la desconfianza. Se trata más bien de un intento de voladura controlada de aquellos hechos, datos o prejuicios que están asentados en muchas mentes y que son incorrectos por razones muy distintas. Algunos simplemente los aprendimos mal en el colegio; otros han ido saltando en el imaginario popular sin que nadie los desmintiese o les prestase atención siquiera, y otros son ideas plantadas con premeditación para modificar el debate público sobre asuntos muy diversos. De hecho, lo primero que debemos reconocer es nuestra propia fragilidad a la hora de consumir información e incorporar conocimiento, pues somos seres extremadamente manipulables. Si te decimos que no pienses en un elefante, ahora mismo es probable que estés pensando en un elefante. Si hemos conseguido ese efecto de una forma tan sencilla, imagina lo que se puede lograr con más recursos y técnicas algo más perfeccionadas.

Por desgracia, incorporar un conocimiento de calidad no es fácil ni barato (y no nos referimos a una cuestión monetaria, sino más bien de tiempo). Sentimos decir que ver de vez en cuando las noticias, leer dos titulares de prensa y algún que otro tuit no es la mejor manera de tener una opinión formada. Es rápido, de eso no cabe duda, pero el resultado es claramente mejorable. Sin embargo, preguntemos a profesionales cualificados en su campo cuántos años de estudio y dedicación les ha llevado ser expertos en lo suyo. No serán pocos. El pacto que solía existir en la sociedad era que quienes no podían informarse o conocer demasiado en profundidad cualquier asunto, dejaban en manos de intermediarios ese

poder. Y esto no se circunscribe solo a los periodistas. Los médicos hacen de intermediarios entre los conocimientos de medicina y la dolencia del paciente; los arquitectos utilizan lo que han aprendido para proveernos de un hogar, y así ocurre en multitud de profesiones; hasta los políticos, que gestionan el día a día con mejor o peor acierto para que el rumbo de nuestras sociedades se oriente en un sentido u otro.

Sin embargo, la legitimidad en esa intermediación parece estar agrietándose. El movimiento antivacunas o distintos gurús homeópatas han conseguido erosionar el papel de los médicos como prescriptores únicos de determinados remedios; los discursos populistas han reducido el debate público a unos pocos lugares comunes donde a menudo no cabe ningún tipo de reflexión o contraste, simplemente el posicionamiento en un bando u otro; los *hechos alternativos* han sustituido a la veracidad y la verosimilitud, y así un largo etcétera donde dudar sin mucho criterio parece la mejor idea.

Lo *único* que pretende este libro es hacer algo de mella en ese gigantesco muro que se ha erigido en torno a nuestras mentes. El de Berlín empezó a caer cincel en mano, así que de alguna manera habrá que empezar. Quizá sorprenda o quizá indigne; para eso se ha escrito, precisamente. Pero también es una invitación a la duda, que no a la desconfianza. Dudar es necesario, pero también requiere ser constructivo. Desconfiar tiende a invalidar un dato, o incluso una opinión, por el simple hecho de existir. La desecha por lo que es, sin más. La duda pone en cuarentena y luego busca o valora qué otros hechos o datos podrían ser los verdaderos. La información está ahí, los expertos cada vez son más numerosos y están mejor formados, y las bases de datos se nutren mejor y

son más accesibles. Si descartas cuestiones sin aportar algo más, ¿por qué habría que tomar en consideración tus opiniones en vez de enviarlas directamente a la papelera?

Las decenas de ejemplos que siguen en este libro son un cuidado desmontaje de mitos y tótems que han proliferado en nuestra mente, para luego volver a montarlos con las piezas adecuadas. Podríamos decir que todo lo que crees es mentira, pero sería faltar a la verdad; podríamos decir que muchos poderes o medios te mienten constantemente, pero tampoco sería cierto; incluso podríamos haber construido un sesudo tratado sobre la mentira, pero sería poco práctico porque nadie lo leería, y con razón. En cambio, hemos preferido decir simplemente lo que es y lo que no es, con datos, argumentos, lógica y hechos. El resto, como aquella cuadratura del círculo, es cosa tuya.

*Ariel*

## Economía

### La economía no funciona como crees

El mundo económico probablemente sea uno de los menos explicados y, a la vez, uno de los más necesarios de entender. Todo a nuestro alrededor funciona —mejor o peor— gracias a la economía. Es complejo, no cabe duda, sobre todo por la mezcla entre factores sociales y tecnicismos apoyados en datos y extrañas fórmulas. Nadie dijo que entender del asunto fuese sencillo.

Sin embargo, a medio camino entre el desconocimiento y la sapiencia absoluta han surgido extrañas creencias, a menudo fundamentadas en imágenes algo caricaturizadas del asunto económico relacionadas con «máquinas» de hacer dinero o robots que nos enviarán directos al paro. Pues no. Conviene desterrar algunos de los mitos más arraigados.

#### LA HUELGA A LA JAPONESA NO EXISTE

Oriente ha sido desde hace siglos un lugar recurrente de fantasías y leyendas para las mentes occidentales. Las enormes distancias entre Europa y lugares como las actua-

les China o Japón hacía que muy pocos visitantes pudiesen dar testimonio de cómo era aquel Extremo Oriente. Esos relatos venían además cargados de adornos fantasiosos, cuando no, directamente, de mitos inventados.

Podemos llegar a pensar que, aunque esto fuese propio de la Edad Media, en pleno siglo XXI hemos desterrado todos los mitos que pesan sobre Asia oriental. Sin embargo, no es así. Existe uno que permanece arraigado desde hace décadas y que no tiene nada de cierto: hablamos de la huelga a la japonesa.

Aunque no se conoce con exactitud cuándo surge esta creencia ni cuál es el motivo, lo cierto es que se encuentra ampliamente extendida en países como España y distintos Estados latinoamericanos. La idea de fondo de este mito es que en Japón se desarrolla un tipo de huelga específico por el cual, en vez de trabajar menos horas o directamente de no trabajar, ¡se trabaja más! Si en las huelgas «tradicionales» la finalidad es detener la producción durante más o menos tiempo para ocasionar pérdidas a la empresa y que esta acabe aceptando las demandas de los trabajadores, en Japón se consigue de otra forma. Según este mito, allí, en vez de parar la producción, se aumenta el ritmo de trabajo, lo que genera a la empresa un serio problema —y cuantiosas pérdidas— al no poder gestionar de forma adecuada el exceso de producto y tampoco su almacenaje.

El origen más probable de esta creencia se remonta al Japón de la Segunda Guerra Mundial y la conocida empresa Toyota, que ya entonces se dedicaba a fabricar vehículos. En aquellos años, la compañía no pasaba por su mejor momento económico, y por eso buscó la forma de mejorar su productividad. Sin quererlo, habían inventado el sistema *just in time* o *toyotismo*, que a partir de los

años setenta reemplazaría al *fordismo* (producción en serie) como modelo industrial de referencia. La mejora en la productividad fue notable, lo que llevó a una sobreproducción en las fábricas de Toyota y a un incremento de los gastos del *stock* (es decir, lo producido pero que todavía no se ha vendido). Sin embargo, tras el final de la guerra Japón entró en una crisis económica importante, lo que impidió a Toyota vender aquel exceso de producción. Para hacer frente a esta situación, la compañía decidió despedir a una parte importante de la plantilla, y los trabajadores respondieron yendo a la huelga. Pero no «a la japonesa».

Este tipo de huelgas no existen, y lo demuestra el hecho de que ni siquiera constan registros de algún caso aislado que buscase romper con la norma en cuanto a luchas laborales en el país asiático. Y eso que durante los años setenta hubo miles de huelgas en distintos sectores de la economía nipona, especialmente la industria, y todas ellas acontecieron a la manera tradicional, con paros más o menos prolongados.

La paradoja es que, al menos en España, de tanto mencionar el mito de la huelga a la japonesa, se han llegado a producir. En 1982, distintos empleados de la Empresa Nacional Siderúrgica (ENSIDESA) llevaron a cabo una huelga a la japonesa, al igual que los farmacéuticos tres años después. Huelga decir que estas acciones no tuvieron un gran impacto en el panorama laboral.

Esta falsa creencia se cimienta, sobre todo, en la percepción tan extendida —y bastante fundamentada— de que en países como Japón, China o Corea del Sur existe una cultura del trabajo absolutamente desmedida según la cual los empleados se desviven por sus tareas hasta extremos en que su salud corre peligro. Tal es así que en

japonés existe un concepto, *karōshi*, que significa algo así como «muerte por exceso de trabajo». Este fenómeno ocurre desde hace décadas: cientos de trabajadores mueren cada año en su puesto laboral debido a niveles extremos de estrés combinados con sedentarismo, lo que desemboca en infartos en personas jóvenes, apoplejías y diabetes, entre otras enfermedades. Hasta tal punto es grave el problema, que el Gobierno japonés se ha visto obligado a tomar medidas frente a jornadas laborales extenuantes de doce o catorce horas diarias.

Lo que no se conoce es por qué este mito ha arraigado tanto en países como España. Podría pensarse que era un intento de contrarrestar otro mito ampliamente extendido, el cliché del español zángano y poco productivo. En una época de importante conflictividad laboral en España (en plena reconversión industrial), tendría como objetivo que calase la idea de hacer huelga trabajando más. Pero echar más horas en la oficina, ya lo sabemos, no hará que tu empresa colapse.

## LA MÁQUINA DEL DINERO NO EXISTE

Durante siglos la alquimia tuvo un objetivo por encima de los demás: encontrar la piedra filosofal, una sustancia que podía convertir en oro cualquier metal conocido en la época. Sería una fuente de riqueza inagotable para quien la tuviese, pero nadie la encontró nunca porque no existía. O, al menos, no en la forma en que pensaban los protocientíficos de entonces. Porque sí hubo quienes encontraron una forma de replicar oro —o riqueza— de forma casi infinita: los banqueros. El truco no tenía nada que ver con la alquimia, sino con las matemáticas.

Como sabemos, durante mucho tiempo el negocio de los bancos era guardar el dinero de la gente —lo que conocemos como depósitos— a cambio de una rentabilidad y de que los clientes puedan disponer de ese dinero con facilidad. Con esos depósitos, los bancos dan préstamos a personas o empresas a cambio de que estas los devuelvan con un interés. Por tanto, su negocio está en ser un mero intermediario, no en crear nada. O sí.

Pongamos por caso que una persona con cien monedas deja la mitad de su fortuna —cincuenta— en el banco. La entidad toma nota de que esa persona ha depositado ahí cincuenta monedas, y es consciente de que puede necesitarlas en algún momento. Hasta ahora, en ese sistema solo hay cien monedas: las cincuenta que aún tiene la persona y las otras cincuenta que están en el banco. Pero hay que hacer negocio, así que el banco decide prestar la mitad de lo que guarda —veinticinco monedas— a otra persona, que las deberá devolver con intereses. Pero el banco no se las quita a quien había puesto el depósito, sino que dejan de existir como objeto físico y pasan a ser simplemente un número anotado. Tras el préstamo, en el sistema habrá las cincuenta monedas del depositante, las cincuenta monedas depositadas en el banco —aunque la mitad ya no estén físicamente allí guardadas— y las veinticinco que el banco le ha prestado al nuevo cliente. En total, ciento veinticinco. Sí, se ha creado dinero de la nada. Si este ejemplo lo multiplicamos por los millones de personas que hoy tienen depósitos bancarios y piden préstamos, tenemos un resultado bastante aproximado de nuestro sistema bancario actual.

Por cosas como esta, el préstamo de dinero —con interés— y el negocio bancario estuvo durante mucho

tiempo condenado por la Iglesia. No se concebía que el dinero «trabajase mientras duermes», ya que no había ningún esfuerzo detrás, simplemente un rédito fundamentado en las matemáticas. Este es uno de los motivos por los que los cristianos participaron poco de la banca en la época medieval y moderna, quedando el negocio en manos de familias judías, que sí podían llevarlo a cabo, al contrario que otros trabajos manuales.

En tiempos más actuales, otra imagen de creación «mágica» de dinero se ha apoderado de nuestras mentes: una imprenta gigantesca sacando sábanas y sábanas de billetes. La máquina de hacer dinero como realidad. Pero lo cierto es que esta asociación entre objeto e idea no existe. Cuando vemos estas planchas apiladas en grandes tacos que pueden sumar decenas o cientos de miles de euros o dólares, su destino no es sumarse a la circulación con total normalidad, sino reponer billetes o monedas que han quedado deteriorados y que tienen ya una validez dudosa de curso legal (pensemos en los billetes decolorados, medio rotos o pintados). Porque la cantidad de efectivo que hay dentro del sistema está estrechamente controlada, como también la ratio entre el dinero en efectivo y el dinero «virtual» (es decir, el que depositamos en el banco y luego se lo prestan a otros), para saber cuánto respaldo tiene el sistema bancario. Lo habitual es que haya entre un 10 y un 15 % en efectivo del total que está transitando por ahí. Precisamente por eso, cuando ocurre un pánico bancario, en el que la gente acude repentinamente y en masa a retirar sus ahorros del banco, nunca hay efectivo para todos, lo que origina lo que en Argentina bautizaron como «corralito».

Si lo pensamos, muchas actividades económicas actuales manejan poco o ningún efectivo. Esto solo ocurre

en la venta final de cara al público (a veces ni eso, si pagamos con tarjeta). El resto son transacciones, sumas y restas en distintas cuentas bancarias. Pero nadie duda de que esas compraventas no sean tan válidas como las que hacemos en cualquier supermercado o en un bar pagando con monedas o billetes. De hecho, grandes operaciones milmillonarias se han llevado a cabo de esta forma.

Dado que los bancos centrales de los Estados tienen la potestad de crear dinero, estos lo pueden hacer de forma prácticamente infinita (aunque no es deseable por el riesgo de crear hiperinflación). Para ello simplemente hay que registrar de manera contable como que ese dinero existe. Así, los rescates que el Banco Central Europeo llevó a cabo durante la última gran crisis a distintos países del Viejo Continente se realizaron sin una sola moneda de por medio. Primero se crearon decenas de miles de millones de euros y, a continuación, se transfirieron. Solo eran números, pero unos números que salvaron del colapso total a países como Grecia, Portugal, Chipre, España o Irlanda.

Para entender esto hay que tener en cuenta que hoy en día, y al contrario de lo que ocurría hace siglos, nuestro sistema económico —especialmente en la parte de los pagos— se fundamenta en la confianza. Los billetes que utilizamos son un simple papel cuyo valor real es nulo; el valor que tiene es el que comprador y vendedor le otorgan como símbolo, un instrumento legítimo y aceptado como forma de pago. Y esto también es aplicable a las transferencias: aunque no haya nada físico que lo evidencie, sabemos que ese dinero que ha llegado a nuestra cuenta existe porque confiamos en que todos los participantes en esa operación —quien envía el dinero, el propio banco e incluso el Estado— hacen po-

sible la existencia de ese dinero. En definitiva, es una cuestión de fe.

## EL NOBEL DE ECONOMÍA NO EXISTE

¿Cómo crees que serás recordado? ¿Por tus descendientes, tus amigos... o por la propia historia? Desde un punto de vista eminentemente práctico, no es algo que te debiera preocupar demasiado, ya que no vas a estar ahí para comprobarlo. El problema será de otros. Aunque, como es lógico, al enfrentar el final de tu vida ya podrás ir intuyendo cómo va a pintar el asunto.

No obstante, sí hubo una persona que consiguió esquivar esa imposibilidad de comprobar su muerte en vida: Alfred Nobel. El sueco que tiempo después daría nombre a uno de los premios más famosos del mundo nació en 1833 en una familia de ingenieros, y desde muy pequeño estuvo estrechamente ligado a la química y la fabricación de armamento. Su trayectoria profesional le llevó durante buena parte del siglo XIX a recorrer Europa investigando cómo mejorar la potencia y la capacidad de sus mortíferas invenciones. En esa época el mayor explosivo conocido era la nitroglicerina, que había inventado el químico italiano Ascanio Sobrero en 1847. Sin embargo, la gran contrapartida de aquella sustancia era su enorme inestabilidad: bastaba un leve vaivén del líquido a temperatura ambiente para que todo saltase por los aires. A pesar de su gran poder destructivo, el uso de este compuesto carecía de sentido si la química no era capaz de domarlo. Muchos científicos e ingenieros de la época trataron de encontrar una solución para hacer más estable este trinitrato de glicerilo, y los resultados fueron clara-

mente infructuosos: buena parte de quienes lo intentaron resultaron heridos o incluso murieron en distintas explosiones por todo el continente. En el camino de la nitroglicerina también se topó Emil Nobel, el hermano pequeño de Alfred, que en 1864 murió en una explosión de esta sustancia en la fábrica de armamento que la familia tenía en las afueras de Estocolmo.

Es probable que la muerte de su hermano, junto con la de otros trabajadores de la fábrica, llevase a Alfred a intentar poner solución por sí mismo a la cuestión de la nitroglicerina. Él había conocido a Sobrero en París unos años antes, y este se avergonzaba profundamente de su creación. Nobel no lo sabía, pero no acabaría diferenciándose demasiado del italiano. En 1866 inventó (y, al año siguiente, patentó) la dinamita, resolviendo así el problema de la inestabilidad del explosivo. Un material absorbente, como el serrín o la diatomita, quedaba empapado por la nitroglicerina, haciendo mucho más estable el compuesto y evitando que estallase de manera fortuita. Los cartuchos de esta dinamita podían accionarse a distancia mediante una mecha prendida o con un impulso eléctrico proveniente de un detonador. Nobel había dado un paso de gigante en el mundo de los explosivos.

Aunque los Nobel siempre se habían destacado por la fabricación de armamento, al principio Alfred le veía una aplicación a la dinamita principalmente industrial. Sus posibilidades en la minería, las prospecciones del incipiente petróleo o la construcción de infraestructuras a través de montañas eran enormes, y sin duda este nuevo explosivo se convirtió rápidamente en un aliado de los ingenieros. Pero como era de esperar, hubo quien le vio también grandes aprovechamientos en el campo de la destrucción. Si esta dinamita se podía introducir en pro-

yectiles y lanzarlos contra el enemigo, el alto poder destructivo superaría con creces a las balas de artillería conocidas hasta el momento. Y así fue. Igual que supuso una revolución en la voladura de montañas, también provocó otra similar en bombardear al prójimo. No es que a Nobel esta situación le preocupase especialmente, ya que a pesar de que siempre tuvo inclinaciones pacifistas, nunca presentó demasiados reparos en inventar, fabricar y vender armas y cualquier otro elemento que facilitase dañar a otros seres humanos. Pero en ese camino tuvo también su particular revelación.

En 1888, cuando Alfred contaba con cincuenta y cinco años y residía en París, su hermano mayor Ludvig falleció en Cannes, en la Costa Azul francesa. No sabemos qué pasó en la prensa local de la época, pero en *L'Idiotie Quotidienne* (algo así como «El Diario Sinsentido») no fueron capaces de diferenciar al hermano finado del inventor, y quizá las prisas o el deseo de ver muerto al creador de la dinamita llevaron a publicar la necrológica de Ludvig como si fuese la de Alfred. No fueron clementes en ella: «El mercader de la muerte ha fallecido. El doctor Alfred Nobel, quien se enriqueció al encontrar maneras de matar a más gente de forma más rápida que cualquier otra persona con anterioridad, murió ayer». Podemos suponer que Nobel esperaba otro tipo de recuerdo por parte de la humanidad para cuando faltase, pero este anticipo le hizo intuir que su camino le llevaba más hacia el episodio de confusión con su hermano que hacia el legado que él pretendía dejar en la memoria y la historia. Por lo tanto, se hacía necesario cambiar.

Esta historia es el mito fundacional de los Nobel. Son múltiples las referencias a ella en un gran número de artículos. Como relato es redondo, casi épico. Pero nun-

ca se ha podido demostrar, por lo que es bastante dudoso que de verdad ocurriese. La organización del Nobel nunca ha reivindicado esta historia como oficial, y las investigaciones no han conseguido revelar la existencia de tal diario más allá de la anécdota relacionada con los hermanos Nobel. Si ese medio hubiese tenido cierto recorrido, existirían otros registros de noticias publicadas por él; tampoco su satírico nombre inspira demasiada confianza, y hasta existen importantes incongruencias entre la muerte de Ludvig y la supuesta publicación de la necrológica.

Esto no quiere decir que Alfred Nobel no llegase a leer alguna esquelá ambigua sobre la muerte de su hermano, o que, dado que ambos tenían una actividad laboral similar, intuyese que los textos que narrarían su muerte serían igual o peores que los que había leído.

Más allá del supuesto mito del «mercader de la muerte», Nobel buscó la manera de mejorar su imagen y, a su vez, de dejarle un legado al planeta que fuese algo más positivo que la dinamita. Enmendar su propia obra. Así, en 1895 escribió su testamento, en el cual dejaba en herencia la práctica totalidad de su fortuna (unos 250 millones de dólares de la época) a crear unos galardones que premiasen «a aquellos que, durante el año anterior, hubiesen generado los mayores beneficios al ser humano». Esos años de finales del siglo XIX eran de enorme revolución científica: las nuevas invenciones y descubrimientos se sucedían cada poco, y el mundo parecía estar experimentando un salto de conocimiento sin precedentes. Es por ello que Nobel orientó sus premios hacia cinco categorías: la física, la química y la medicina en el campo de las ciencias como forma de premiar los grandes avances de cada año; la literatura dentro de las artes (Nobel le tenía un gran apego), y la paz como gran fin que debía

alcanzar la humanidad, además de intentar remediar su enorme promoción empresarial de la guerra.

Como habrás podido comprobar, Nobel no hizo ninguna mención en su testamento o en cualquier otro momento a la economía. En las fechas en las que el creador de los premios dejó marcada su herencia, la economía era una disciplina poco investigada más allá de las tesis liberales que venían desarrollándose desde el siglo XVIII y el marxismo, que había surgido pocas décadas antes y cuya influencia estaba presionando más en el apartado politológico o sociológico y no tanto en el puramente económico. En cierta medida era un aspecto secundario para Nobel, un hombre con un carácter idealista y que veía en el progreso científico la vía más clara para el desarrollo del ser humano.

Esta herencia la dejó escrita al límite de su vida, ya que al año siguiente, en 1896, Nobel falleció. Se puso en marcha entonces la fundación que debía honrar su último gran deseo, y el siglo XX se estrenó con los nuevos premios en las cinco categorías señaladas. Para darle más empaque al asunto, cada uno de ellos sería entregado por distintas instituciones: el de Medicina, por el Instituto Karolinska; el de Física, Química y Literatura, por la Academia Sueca, y el de la Paz, por el Parlamento noruego. Durante casi siete décadas no hubo rastro del de Economía.

Sin embargo, en 1968 se fundó el llamado Nobel de Economía, cuyo nombre completo y correcto es Premio de Ciencias Económicas del Banco de Suecia en Memoria de Alfred Nobel. La excusa para este galardón era la celebración del tercer centenario de la fundación del Banco de Suecia, por lo que la institución intentó crear un premio a la altura de los Nobel, y qué mejor que hacerlo

pasar por uno de ellos. No obstante, aunque de manera aparente es un Nobel más, en la práctica está financiado de manera independiente (por el mencionado banco central), lo otorga la Real Academia de las Ciencias de Suecia y se anuncia en las mismas fechas que el resto de los galardones. En ese sentido, participa de la marca de los premios suecos sin formar parte plenamente de ellos.

Aunque la labor de Nobel durante buena parte de su vida estuvo orientada a comprar y vender (armamento), la economía nunca entró en sus planes para la posteridad. En ellos se colaron más bien otros intereses posteriores que, casi de forma anual, generan una importante polémica. Quién sabe qué opinaría Alfred sobre su herencia más de un siglo después de ponerse en marcha.

## LOS ROBOTS NO NOS VAN A QUITAR EL TRABAJO

A finales del siglo XIX, cuando caía la tarde, era relativamente habitual ver en muchas ciudades a unas personas prendiendo cada una de las farolas que alumbraban las calles. En los casos más avanzados, estas ya funcionaban con gas; las que no, todavía utilizaban distintos aceites como combustible. Lo que no cambiaba eran los encargados de ponerlas a funcionar. Sin embargo, poco antes del cambio de siglo, la electricidad comenzó a abrirse paso en las ciudades, incluyendo las farolas. Estas ya podían encenderse y apagarse a distancia simplemente accionando un interruptor, por lo que los faroleros se quedaron sin su principal labor. En muchas ciudades fueron reconvertidos en vigilantes urbanos nocturnos, y en otras simplemente desaparecieron. El descubrimiento de la co-



**Planeta**de**Libros**

# ¿Te gusta leer?

Únete a nuestras  
comunidades de lectores  
en redes sociales:



@planetadelibrosco



Planeta de Libros Colombia



@planetadelibrosco



@PlanetadeLibrosCo

Conoce más libros haciendo clic en:

**planetadelibros.com.co**



Grupo  Planeta

---

**Creemos en los libros**